

# REVISTA DE TEATROS.

## DIARIO MENTORRESCO DE LITERATURA.

NUM. 150.

MADRID 9 DE JUNIO DE 1843.

SEGUNDA SERIE.



### EN QUELLA ENTREVISTA RENOVARON SUS JURAMENTOS.

#### LA RUEDA DE LA FORTUNA.

##### III.

##### AMANTE DESLEAL.

(Continuación.)

Emilia Richome había conocido en casa de su padre y en la época de la restauración primera á un joven llamado Carlos Vernon que había servido en la guardia imperial: desde que se vieron, se inspiraron mutuo afecto. La hermosura de Emilia, la gracia de su cultivado talento, la suavidad de su carácter, habían engrandado en el alma de Vernon una de esas pasiones ardorosas que duran tanto como la vida. Por su parte la joven, á quien ya se habían dirigido en vano muchos pretendientes, se apercibió de que había encontrado el hombre que la merecía. No solo le habían encantado las prendas físicas de Carlos, su varonil belleza, y sus ademanes caballerescos: con mas vulgar figura aun hubiera logrado sobre la joven irresistible ascendiente. Era uno de esos hombres en cuya faz radia lo selecto de sus sentimientos, y lo elevado de su carácter: bastaba verle, para considerarle dotado de lealtad, franqueza y energía, y llamado á dominar sin usurpación, y á ser el apoyo de los débiles. Mas aun cuando Vernon adoraba á Emilia, y sabia que era correspondido, nunca se persuadió de que fuese el amor el único objeto de su vida, y el límite de sus ambiciones, ni el patriotismo ni la esperanza de vengarse en nuevos campos de batalla: vencido pero no humillado ante un gobierno que impusiera á su pais gente extraña, volvió con entusiasmo al servicio durante los cien dias. Como le hiriesen de peligro en Waterlloo, no supo hasta dos meses despues que había muerto el coronel Richome, y que Emilia huérfana había sido acogida por su tía. Era pobre como la muger á quien amaba: solo contaba con una módica mesada que le pasaba su padre, quien de repente adoptó ideas ultrarealistas, y no le hubiera cedido una parte de su fortuna, á no

deponer su odio contra los Borbones. En su consecuencia convinieron ambos amantes en aguardar porvenir mas venturoso. Aunque madama Deneg hizo buen recibimiento en su casa á Mr. Vernon, no abusó este de aquella cordialidad, y se condujo con la mayor cautela, á fin de no comprometer la honra de Emilia, ni aun á los ojos de los mas suspicaces; pero eran jóvenes y se amaban.

Vernon estuvo á pique de que su virtud vacilase: vió que la prueba se prolongaba demasiado, é iba siendo superior á sus fuerzas: no obstante, la rigidez de sus principios le aconsejaba respetar aquella joven que debía ser su esposa, y por lo mismo que la seducción ofrecia pocas dificultades, hubiera tenido á mengua no conservarla pura á sus ojos, como lo era á los ojos del mundo. No poseyéndola cual su ardiente deseo requería, tuvo que dar otro pasto á la actividad de su alma, y anudó de nuevo en las tinieblas sus relaciones políticas. Los deberes que el conspirador se impuso distrajeron su amor en algun tanto, y sin romper los juramentos prestados á Emilia, pronunció otros, que comprometian su voluntad y su existencia. En el espacio de seis meses hizo frecuentes ausencias de Montpellier bajo distintos pretextos inventados para ocultar la verdad á Emilia, y especialmente á madama Deneg, á quien inquietaba de continuo el temor de las persecuciones. Se fraguaba en secreto una vasta conspiración: una mala inteligencia, y la impaciente bravura de algunos caudillos hicieron que el movimiento estallara antes del tiempo determinado. En vano quiso Vernon reprimirlo; en vano observó que el triunfo no estaba del todo preparado; un murmullo de desconfianza acogió sus observaciones. — Pues dadme la señal, dijo á sus camaradas, y saldré el primero. — Sucedió lo que había vaticinado: la conjuración, sin puntos de apoyo que la sustentasen, estalló de improviso como un hecho sin causa, como un golpe de mano concebido y ejecutado por algunos locos escéntricos de todos los partidos: en su origen fué aniquitada y estinguida. Vernon llegó fugitivo á Montpellier, volvió á ver á Emilia, y la hizo partícipe de sus proyectos

destruidos, de su derrota, y de la necesidad en que se veía de abandonar la Francia para poner á salvo su cabeza. En aquella rápida entrevista renovaron sus juramentos de conservarse fidelidad, por mucho que durase su ausencia. Desde Montpellier se dirigió Vernon á Marsella, en cuyo punto mantenía relaciones, y donde se embarcó con direccion á España. Fué condenado á muerte en rebeldía, aunque sin pruebas, porque ninguno de los que fueron habidos quiso comprar su perdon á costa de delaciones.

(Continuará.)

#### LAS BRUJAS DE CANGAS EN GALICIA

NOTA. Hace tiempo publicamos una fantasía sobre esta tradicion: amigos muy queridos de nuestros ensayos, y entusiastas de nuestros recuerdos, volvemos á publicarla, llevados de un sentimiento de padres y de patriotas. En ella verán nuestros lectores una imaginacion de 18 años que no se desdénaba de prohijar la violenta escuela del romanticismo, y de las fábulas.

##### I.

Habia nueve horas ya, que el pescador atára su barquilla, cansado y perezoso llegara aquella hora de los espectros, segun Arlincourt y el mar batia sus olas desesperado contra el arenal de Cangas. Esto era el preludio de una tempestad, que el Oceano profetizaba, y la ciudad de Vigo recostada enfrente sobre su lecho de secas flores, se parecia á la odalica que se duerme en su alfombra de Persia. El piloto llevado de un secreto presentimiento mira al cielo, y tiembla; olvidándose de aquella omnipotencia que lleva en su interior el que presencié la tormenta entre borrasca y borrasca: entre el cielo y el mar, y tiembla acongojado por que de súbito aparece en el horizonte una legion maldita donde vienen mil ridiculos fantasmas. Era aquello amenazador, diabólico, espantoso, y parecian verse allí, lámbias, vampiros, espectros, sílfides, brujas y demonios; todos los delirios



de los pueblos. Los gritos de aquellas larvas chilladoras, locas, desencajadas, llegaban á sus oídos como el chirrido de grajos que pelean, y de vez en cuando un silvido agudo, acre, rechinante como el del alcon á quien persigue el águila rapante le hace morder los labios. Pronto reconoce que la infernal *compaña de brujas* que viene á celebrar el *sábado* en el arenal de Cangas, y dibuja á sus pies, aquella figura salvadora que viniendo á ser el *pentalpha* de Anavadora que llamaba el gran *sigilo de Salomon*. La legion misteriosa y descompuesta, este torbellino en que danzan tantas brujas sin concierto, se desgaja y desploma sobre el mar, á la manera que como los restos de un globo incendiado se revuelcan en el suelo. Este conjunto cae como un manto ardiendo que arrojan de entre las llamas, y corre á flor de agua hasta que se posa en el arenal de Cangas para celebrar el *sábado* en la víspera de San Juan, como acostumbraba desde tiempo inmemorial.

## II.

De pronto se levanta una gritería muestra en este lugar triste y solitario, y danzan en él, una multitud de brujas feas, asquerosas, desdentadas y pálidas, pero en la palidez de la agonía. Unas cubiertas con los sudarios que llevaban del cementerio alargaban un brazo descarnado, otras levantaban su rostro de esqueleto, y daban al viento impúdicas carcajadas, estas hablaban por una calavera como careta del festín, y aquellas se retiraban á las orillas del mar para beber impuros brebajes. Pronto una que hacia de Sandina alza su tea de muerte, y todas corren á juntarse. Desgreñadas, revueltas, acinadas, se arremolinan, corren, saltan, chillan como vencejos, á quienes persiguen un peloton de muchachos, pasan, se enredan, se pierden, confúndense, tropiezan y caen; sacudiendo sus quemados cabellos, contrayendo sus rostros, y exhalando de sus pechos palabras huecas como las del calabozo que responde, como las del desesperado que ríe, como las del moribundo que habla. Aquello se parecía á las furias del Paganismo, á las hechiceras de Tesalio, á los espíritus de Eudoro, y á los demonios de *smarra*.

La tempestad ya levanta su rayo de esterminio azolando el mar, y la *compaña* cada vez ríe con mas estrépito y algazara. Los habitantes de Coiro recordando que en aquella noche las brujas hacían siempre su terrible *conventículo* despiertan sobresaltados, y al escuchar los bramidos de la tormenta temen que este sea el conjuro con que el cielo quiere ahuyentar la *hueste*. Ahora es cuando las brujas alzan un delirio de orgia pareciéndose á máscaras de Venecia apiñadas una noche de tempestad en *Puente-rialto*, y los vecinos de esa aldea miserable que tan solemne específico tenia contra ellas, se ponen en cielo, subiendo á la torre de la iglesia. No es ilusion: la *compaña* está en el arenal... sólo falta el anatema de la religion.

De repente el eco repite seis campanadas que devora el torbellino, y en medio de aquella inquietud naturaleza tienen mucho de profético y de santo. Lo que es cierto, que no han sonado muy lejos del arenal... ¿seria aquello por algun muerto? ¿pregonaria la agonía del moribundo?

No, *hueste* infernal, que es la gran campana de Coiro cuyas vibraciones os confunden y os hacen abandonar el arenal. Quien la tocó, ha sido un pueblo supersticioso.

## III.

Un terror pánico se apodera de la *compaña*, esta multitud loca, ciega, aturdida, arrebatada

chilla rabiosa, y renovando sus hachones montan en escobas cruzando el oceano entre gritos destemplados y confusos remolinos.

Al otro dia el arenal de Cangas es un desierto, y mirado con horror por los de Coiro que bendicen su campana increada, es para ellos el *Zugarramurdi* de estas tierras, el *Aquelarre* de la costa, y como tan juiciosamente dijo el erudito gallego P. Sarmiento « la barahona de Galicia. »

A. NEIRA.

## EL DUQUE DE ORLEANS,

reseña histórica, traducida por don Antonio Baquer de Retamosa.

### CAPITULO I.

ORIGEN—EDUCACION—PRIMER GRADO.  
1810—1830.

Tratando de recordar sucintamente los principales acontecimientos de una existencia tan joven en años, pero ya tan rica en hechos y tan llena de esperanzas, no hemos contado escribir un panegírico ni una oracion fúnebre; ni aun nos atrevemos á dar á estos cuantos renglones el título de biografía. Solo hemos juntado los pormenores estraidos de manantiales fidedignos; hemos recogido los recuerdos que confunden con sus lágrimas las personas cuya posicion permitia conocer y estimar al Príncipe; hemos oido las conversaciones de los que para alucinar á su pesadumbre hablan con tanto entusiasmo de lo que han perdido. Y, lejos de toda precipitacion, consultando solo nuestros propios sentimientos, conmovidos aun con la horrenda catástrofe que tan violentamente ha alterado todos los corazones; hemos pensado que lo que tanto interés tenia para nosotros no podría á los demas ser indiferente.

La ánsia con que la curiosidad pública busca lo que toca al objeto de tamaños pesares, ha sido para nosotros un estímulo.

Fernando, Felipe, Luis-Carlos Enrique de Orleans nació en Palermo el 3 de setiembre de 1810. Recibió al nacer el título de duque de Chartres, uno de los que llevan los primogénitos de la casa de Orleans. En 1830, cuando Luis Felipe de Orleans, su padre, fué elevado al trono de los franceses, le sucedió en el título de duque de Orleans, al que fué añadido el de Príncipe Real, que le designaba como heredero presuntivo de la corona.

A pesar del caracter augusto de su familia, se puede decir que nació lejos del trono; su padre, casado con la princesa Maria Amalia, hija de Fernando, rey de las Dos-Sicilias, participaba del destierro de la familia de Borbon. En 1810 Napoleon estaba á la cumbre de su gloria, y nada aun presagiaba los desastres de 1814; la familia misma de la madre del tierno príncipe, refugiada en Sicilia, veia á Joaquin Murat sentado en el trono de Nápoles. Sus primeras miradas y sus primeros pensamientos encontraron lecciones graves y tremendas.

De regreso á Francia despues de los acontecimientos de 1814 la familia de Orlean se vió colocada cerca del trono, pero sin una proximidad inmediata; en el orden de las previsiones humanas, nada parecia llamarla á este puesto, todo, al contrario, contribuia á alejarla. Sin embargo, la familia real y los Príncipes de la Sangre, tal era el título que daban á los miembros de las ramas secundarias, estaban unidos por los vinculos de la fortuna, del parentesco y de la afeccion. El duque de Chartres fué á los cua-

tro años presentado al rey Luis XVIII. La madre del tierno príncipe se complacia en adornarse con su primera joya; cuando para destinarle al cuerpo que su padre mandaba como coronel general le hacían llevar el uniforme de husar; el pincel de Gerard nos ha conservado esta graciosa semejanza.

En 1815, el regreso de Napoleon, obligó de nuevo á todos los Borbones de abandonar el suelo francés; la familia de Orleans pasó á Inglaterra y no volvió á Francia hasta los primeros meses de 1816. El palacio real, su primera residencia, la vió por segunda vez.

No tenemos que indagar las opiniones políticas que dirigieron la conducta del jefe de la casa de Orleans; su actitud fue la de un príncipe, fuerte y sinceramente adicto á las instituciones del dia, que en otras partes sufrían mas bien que aceptaban. El señor duque de Orleans comprendió que los príncipes no estaban, como en otros tiempos, separados de los súbditos á quienes podían algun dia mandar y quiso que con tiempo sus hijos fuesen mezclados á la vida nacional y á esa familiaridad civil que única descubre, enseña y da á conocer las costumbres y los sentimientos del pais. El señor duque de Chartres entró pues en el colegio Enrique IV. Entre condiscipulos de todos rangos, de todas condiciones participó de esa educacion pública que la Francia ha distribuido siempre con tanta liberalidad.

La vida del colegio es el mejor ensayo de la vida del mundo; ella tiene franquezas admirables y en ninguna parte la igualdad se vé tan completamente enseñada. Hubo al pronto, en las regiones elevadas de la sociedad, alguna sorpresa llena de disgustos por semejante resolucion de un príncipe de la sangre confundiendo así su hijo con la turba multa; pero la opinion pública fué unánime para aprobar tal resolucion; los colegiales poco recelosos de los rangos y de las distinciones, no manifestaron cortedad alguna acerca de su nuevo compañero, y este aceptó alegre la fraternidad de sus juegos y de sus estudios.

El duque de Chartres fué alumno distinguido; habia dejado sus títulos á la entrada del colegio; en las clases, para los maestros, para sus condiscipulos, no llevaba mas que su apellido, se llamaba Orleans.

No señalaremos los triunfos que este obtuvo. Por desgracia, esos trofeos de su infancia, esas coronas tan caras, en los años mas avanzados, su madre, las ha conservado: y lo que causaba su felicidad, su orgullo y su esperanza aumentaba en el dia su afliccion.

Recurrirémos al recuerdo de sus condiscipulos; no se adula en los colegios; todos le estimaban; todos lloran hoy dia al que repetidas veces aplaudieron en sus triunfos.

Los estudios del tierno príncipe fueron muy vastos: estos comprendian la enseñanza clásica de los idiomas antiguos y de las humanidades; él de la retórica y de la filosofía, la historia, la geografía, las matemáticas y las ciencias completaban esta instruccion de la universidad de Francia. Los ocios estudiosos le iniciaban á los idiomas del dia; él aprendió jugando el italiano, el inglés, el alemán, lenguas con las que las alternativas de su vida de niño le habian puesto ya en contacto. No existe condiscipulo alguno de Orleans que no haya quedado el amigo de S. A. R. el señor duque de Chartres, y del Príncipe Real; es la mejor de todas las alabanzas; el colegio de Enri que IV está de luto, ha perdido uno de sus hijos predilectos.

(Continuad.)

## TEATROS.

### CRUZ.

Hoy viernes no hay funcion.  
Mañana sábado á las ocho y media de la noche continuarán las representaciones de

*Pedro el negro ó los bandidos de la Lorena.*

### PRINCIPE.

Para dar lugar á los ensayos del drama nuevo no hay funcion esta noche.  
Mañana sábado á las 8 y media de la noche, se pondrá en escena el drama nuevo de grande espectáculo, original, en cuatro actos y en verso, debido á la

pluma de unos de nuestros primeros literatos, titulado:

GUILLELMO TELL.

CIRCO.

A las ocho y media de la noche.

### EL BARBERO DE SEVILLA,

opera bufa en 2 actos del maestro Rossini.

IMPRESA DE BOIX.